
Rodolfo Walsh: la lengua como herencia y elección

Margarita Pierini*
UNQ

Este hombre

Son muchas y muy variadas las informaciones que reiteran las biografías sobre este hombre, Rodolfo Jorge Walsh, nacido en Rio Negro en enero de 1927 y muerto en Buenos Aires a manos del ejército, en marzo de 1977. Periodista, traductor, editor, autor de ficciones, experto ajedrecista, vendedor de antigüedades, librero, investigador, criptógrafo, iniciador del género de No Ficción con su obra *Operación Masacre* (1957), integrante de grupos armados en una evolución política que lo lleva de su juvenil pertenencia a sectores de derecha a una adhesión lúcida y crítica al peronismo. Todo eso, y mucho más, es el panorama que se nos presenta al pensar en Walsh, autor de una de las obras literarias y periodísticas más coherentes, sólidas y originales de nuestra cultura contemporánea.

Aquí nos proponemos abordar a Walsh, en el marco de este Simposio, como integrante de una tradición histórica, lingüística y cultural que viene desde sus bisabuelos irlandeses llegados a la Argentina a mediados del siglo XIX y que él va a convertir, a partir de sus memorias de infancia, en un filón de historias donde la realidad se funde con lo mítico.

Primeras lecciones

Una primera escena que se dibuja a contrapelo de esa filiación de origen, cuando recuerda Walsh su ingreso en el colegio de monjas irlandesas en Capilla del Señor, a raíz de la ruina de su padre en la crisis del 30. A Mrs. T (su profesora), una mujer de “una innata dulzura” aunque “exteriormente era áspera y burlona”,

le parecía increíble que yo no supiera una palabra de inglés, cuando mi abuela (fantaseaba), no había aprendido a saludar en castellano. Y aquí se ponía a parodiar a mi abuela [...] con tanta imaginación y verba que conseguía un tipo divertidísimo. Me esforcé por responder a sus sarcasmos: en quince días estuve al tope de la clase, en un mes admitió que debía pasar al grado siguiente. (“El 37”, en Walsh 2007:20)

(Adelantándonos en el tiempo: aunque a partir de entonces va a alcanzar un excelente dominio de la lengua, al punto de hacer de ella su herramienta de

* Mail: mpierini@unq.edu.ar

trabajo, mantendrá ciertas dudas sobre su saber, como manifiesta en la larga posdata —en inglés— a su amigo Yates: “Hope my hereditary English isn’t too rusty. Guess I got all my prepositions wrong! (Walsh 2021:104).

Genealogías

En una temprana entrevista, realizada en 1958 por la revista *Mayoría*, declara el escritor: “Desiendo de irlandeses, por los cuatro costados” (Aguirre (2021:26). En cambio, le informa a Yates, en 1954, que sus dos hijas, María Victoria y Patricia,

son un verdadero cocktail de razas. 50% de irlandesas por parte de padre (yo soy de origen irlandés por ambas ramas) y por parte de madre tienen un 25% de sangre italiana, un 12.5% española y un 12.5 % americano indígena...si es que no hay otras mezclas accesorias. Pero como son chicas, todavía no se han dado cuenta (Walsh 2021: 35-36).

El escritor y periodista Michael McCaughan, autor de una de las primeras y más completas biografías de Walsh —gracias, en parte, a la común identidad irlandesa que le facilitó el acceso a algunos hermanos y a varias amistades— ha rastreado los orígenes de la familia en la Argentina: los bisabuelos paternos llegan a mitad del siglo XIX, parte del millón que se vio empujado a emigrar escapando del hambre y la miseria; por su parte, la familia materna, Gill, lo hará en la década del 80.

En palabras de Walsh, que historiza y reflexiona, en una anotación de su diario (enero 1972).

Los irlandeses empezaron a venir en masa al fin del gobierno de Rosas, después del hambre de 1847. Hoy suponemos que se acriollaban con gran facilidad. Pero no debe ser cierto: criaban ovejas y alambraban, que no eran trabajos para criollos. También se casaban entre ellos, por lo menos hasta el año 20, tres o cuatro generaciones de irlandeses casados con irlandeses. Nosotros somos un ejemplo de eso: no tenemos ningún antepasado que no sea racialmente irlandés. Pero eso se acabó. Ninguno de nosotros —cinco hermanos— se casó con descendiente de irlandés. Supongo que empezábamos a pudrirnos de nosotros mismos: de la prima Sheila y de su prima Maggie. (Walsh 2007: 222).

El bisabuelo Edward Walsh “enseguida se amoldó al nuevo país y compró una estancia llamada La Porteña, que fue muy exitosa y que dio lugar a la leyenda de que los Walsh eran ricos, una leyenda que perduró hasta la generación de Rodolfo” (McCaughan 2015:19), a pesar de que tanto su abuelo como su padre habían terminado en la ruina. Comenta y analiza Rodolfo:

Un vago folklore supone que [el abuelo] fue rico: se hablaba de “The Walshes, the rich”; que tuvo una estancia en Lobos; que la dilapidó en el juego. Perteneceímos pues a una especie de *landed gentry* fortuita y temporaria. De ahí suele salir en las crisis el sector más desorientado de la clase media (Ibid.)

No queda claro, entonces, si se trata de una pura leyenda o hay alguna base de lejana realidad. En todos los casos, queda en Walsh el recuerdo de esos chicos

del internado, hijos de pobres chacareros, que evocaban ilustres antepasados en la tierra de sus mayores. Es la recurrencia a esa memoria imaginada, a ese pasado de mejores tiempos que suele aflorar en las historias que las familias inmigrantes gustan de narrarse, reunidos en ocasiones especiales.

Entrevistado por Ricardo Piglia en 1970 señala que en uno de sus cuentos “hay una burla acerca de uno de los personajes [...] uno de los personajes pretendía ser descendiente de reyes y no de humildes chacareros de Suipacha¹ [...] porque el mundo se vivía así, dicotómicamente” (Aguirre2021:114).

Es una constante en el escritor esa tendencia a reversionar historias como una forma de crítica a los relatos canónicos, a los valores aceptados sin cuestionamiento. Así, al convertir en personaje a su tío William Gill, hermano de su madre, “quien atravesó el océano para sumarse a los rebeldes irlandeses que en 1916 se alzaron en armas” contra Inglaterra (Jozami 2006:26). Este tío será el protagonista del que estaba previsto para integrar la serie de los irlandeses, “Mi tío Willie que ganó la guerra”², como afirma en la entrevista a Piglia:

[En la enfermería] un chico cuenta la historia de un tío que va a pelear a la guerra mundial, la guerra del catorce. El protagonista es un tío a quien no conocí, que partió hacia Dublin, durante la guerra, para pelear como corresponde a su sangre, es decir, contra los ingleses, pero que cambia de idea en el barco y acaba muriendo en Salónica (Aguirre2021: 126).

Un retrato

La entrevista realizada en 1965 por la revista *Extra* —que dirigía Bernardo Neustadt— está precedida por un breve retrato del escritor, con una apreciación que suponemos debe haberle divertido: “Rodolfo Walsh debe medir poco más de un metro setenta [...]. Le da lo mismo usar o no corbatas, si se propone asumir un aire distante *puede llegar a parecer muy británico, cualidad difundida entre los irlandeses*” (Aguirre 2022: 57³).

El universo de la lengua

A partir del desafío que se impuso aquel chico de 10 años en su primer colegio de habla inglesa, su pertenencia al universo lingüístico y cultural de sus antepasados se traduce en múltiples formas, que van de lo práctico y, digamos, utilitario, hasta ser el vehículo para sus expresiones más personales. En el primer caso: desde los 18 años va a desempeñarse en la prestigiosa editorial Hachette, donde pronto se convierte en uno de los más prolíficos traductores. En la misma editorial aparece su *Antología del cuento fantástico* (1956), con sus traducciones de los relatos de autores británicos y norteamericanos (20, sobre un total de 50), así

¹ “Pata Santa Walker [...] no era un líder y nunca podría serlo, aunque aseguraba descender de reyes y no de pobres chacareros de Suipacha” (“Irlandeses detrás de un gato”, Walsh 1985:220)

² El cuento se ha podido reconstruir a partir de la recuperación de los papeles robados al asaltar el ejército la última casa de Walsh, en San Vicente.

³ Cursivas mías.

como las breves pero muy exactas notas biográficas que los preceden. En el segundo caso, una parte importante de su Diario —rescatado entre los papeles secuestrados en San Vicente— está escrita en inglés. Nos preguntamos: ¿Porque se trata de una palabra que quiere ser secreta? ¿Para hablarse desde lo más personal apela a las remotas flexiones de la lengua de la tribu? De su *Diario*, 5.3.71. 16.30

Nearing catastrophe, definition, salvation? Now perhaps has old trick of projection, pushing ahead of present trouble and placing myself in a situation where all major problems are solved, then asking myself, how did I get there ?, this I say may be indicated ... (Walsh 2007: 204-5).

Por su parte, observa Juan José Delaney, a quien debemos la edición de las cartas entre Walsh y Yates donde conviven las dos lenguas —alternancia que también regía, dice, para las muchas conversaciones que mantuvieron en Buenos Aires— que sin embargo “las dos cartas referidas a la génesis y desarrollo del proyecto que terminó siendo *Operación Masacre* están escritas totalmente en inglés”. Y se pregunta: “¿Por qué? ¿Inconsciente sensación de que la lengua ancestral lo protegería de algún peligro?” (Walsh 2021:8)

Dice su biógrafo Eduardo Jozami:

En toda su vida de escritor, el inglés será para Walsh más que un segundo idioma. Dos de sus cuentos no publicados —“Adiós a La Habana” y “El tío Wilie que ganó la guerra”— fueron escritos en inglés, como también muchas páginas de su diario personal. Walsh tradujo para Hachette, durante años, a decenas de autores ingleses y norteamericanos, y mantuvo una activa correspondencia con un universitario estadounidense [Donald Yates] con quien concibió un proyecto editorial para publicar obras de escritores de ambos países. Por otra parte, sus principales referencias literarias —el estilo casi periodístico de Hemingway, la ortodoxia policial del Detection Club de Londres, la escritura maldita de Ambrose Bierce, la “forma envolvente” de Lord Dunsany o “las suaves y tranquilas estaciones” de T. S. Eliot— fueron siempre las del mundo anglosajón. (Jozami 2006: 28).

Los cuentos de irlandeses: reconstruir la memoria

Los años vividos en el Instituto Fahy, de Moreno, destinado a albergar y educar a los hijos de irlandeses pobres, bajo la dirección de Sociedad de Damas de San José, resultarán una experiencia dura e inolvidable para Rodolfo Walsh. Una experiencia que él transformará en una serie de relatos donde la ficción se nutre de momentos autobiográficos, a la vez que anticipa la visión de un mundo de permanente lucha y crueldad. Pero, al mismo tiempo, reconstruye, desde una memoria capaz de evocar con desapego y dolida ironía, el mundo de costumbres, de creencias, de sensibilidades y de mitos de estas comunidades en la primera mitad del siglo XX.

El género de “recuerdos escolares” tiene una larga tradición en la literatura. Se ha asociado estos cuentos con el universo de Dickens, con sus asilos para

pobres en *Oliver Twist* o los colegios de maestros ignorantes y crueles de *Nicholas Nickleby*. (Habría que subrayar, como algo distintivo en los relatos de Walsh, la perspectiva política que le otorga a ese mundo escolar una dimensión que, en todo caso, resulta mucho menos visible en Dickens).

Al presentar el colegio, inaugurado por los años del Centenario, el narrador recuerda “el edificio alto, desnudo y sombrío” que alberga a los 130 chicos campesinos, pecosos, pelirrojos, de uñas y dientes sucios, bolsillos abultados de bolitas, medias marrones colgando flojamente bajo las rodillas, con sus amarillos botines Patria de punteras gastadas por la costumbre de patear piedras, latas y pelotas de futbol, plantas, raíces de árbol y hasta sus propias sombras (Walsh 1985: 213).

En 1957, en una carta muy personal dirigida a Enriqueta Muñiz, su compañera en la investigación de *Operación Masacre*, le confía las experiencias allí vividas que, dice, todavía no puede asimilar:

Yo he vivido todos esos años en un medio inverosímil. En un país que era la Argentina, pero entre cuatro paredes donde se hablaba mitad castellano mitad inglés, pero donde había un immense potencial de pasiones, de indecencias, de grandeza, que era Irlanda pura. No esa Irlanda idealizada de las películas, sino otra feroz y primitiva, con mucho de diabólico. Nada más que para sobrevivir allí hacía falta cierto metal heroico, o cierta hipocresía consumada. [...] Yo creo que allí agoté todas las experiencias básicas. Allí sufri — y cometí— las mayores barbaridades; allí pasé los únicos momentos de terror auténtico, allí tuve cierto contacto con lo diabólico y con lo angélico, igualmente espantables. Han pasado tantos años, y muchas de aquellas cosas aun no las puedo asimilar del todo, sacarlas a la luz. Es indispensable ese trabajo de bisturí. Autobiografía, ya ves. (Muñiz 2019: 236).

Una década más tarde, el proceso de elaboración interior ha liberado el espacio para convertir en ficción aquellos recuerdos. Publica entonces tres cuentos con una temática común, en la serie de Irlandeses: “Irlandeses detrás de un gato”, “Los oficios terrestres”, “Un oscuro día de justicia”. Aunque aparecen en tres libros separados, siguen una secuencia cronológica, compartiendo los mismos personajes. En la representación del mundo del internado están presentes algunos tópicos del género “recuerdos escolares”, como los madrugones, el frío, la comida aborrecible, los maestros arbitrarios, las peleas para hacerse un lugar entre los compañeros. Resalta, como momento excepcional, la fiesta anual que tiene como centro la visita del Obispo Usher, paternal y bromista, con el banquete inolvidable — “un milagro” — para los estómagos siempre famélicos de los chicos. A los que el religioso bendice y alecciona: “Trabajando y estudiando como ustedes hacen, y no olvidando el respeto y devoción debidos a Nuestro Señor, serán buenos ciudadanos, y dignos hijos de vuestra raza, vuestro país y vuestra Iglesia” (Walsh 1985: 408).

Esta reconstrucción de un mundo que sintetiza y anticipa la dureza del mundo fuera de los muros del Instituto, no olvida, sin embargo, hacer un lugar

para el recuerdo de los afectos. El estilo parco y austero de Walsh introduce una escena que es a la vez de ternura reprimida y de comprensión filial para las carencias de los padres, que tratan de ocultarlas a sus hijos. En la ficción, es la llegada de la madre de O'Neill, “que acudía a visitarlo el único día de visita, y O'Neill fue a la rectoría a recibir su dádiva de lágrimas y besos con quizá un frasco de miel, caramelos, cualquier otra ternura que la pobreza, la viudez, el cansado amor podían permitirse...” (“Un oscuro día..., Walsh 1978:59-60). En la memoria de los hermanos Walsh es la visita del padre, un domingo:

Nos dejaron salir a la quinta contigua, sentarnos en el pasto. Abrió un paquete, sacó pan y salame, comió con nosotros [Rodolfo y Héctor]. Sospeché que tenía hambre, y no de ese día [...] Durante un largo rato fuimos muy felices, aunque lo veía apenado, ansioso de que le dijéramos que estábamos bien. Y sí, estábamos bien. Despues supe lo mal que *ellos* lo pasaban. En realidad, estaba aplastado, no conseguía trabajo (“El 37” en Walsh 2007:22).

Herencias

El mundo de las familias irlandesas es el tema del primer artículo publicado por su hija Victoria en la revista *Primera Plana*, en abril de 1969. Según el biógrafo Michael McCaughan “Vicki le había pedido ideas a su padre, y él le aconsejó que escribiera a partir de su propia experiencia, así que buscó en sus raíces familiares”; entre otros informantes, le da la palabra a María Luisa Walsh, quien recuerda: “Cuando yo era chica, los irlandeses se casaban exclusivamente entre ellos y no querían saber nada con *the natives* o *the blacks*, como llamaban a los criollos”. El artículo, ilustrado con fotos del Reverendo Richards y el pionero Ryan — también entrevistados— lleva un título que corresponde al registro antisolemne de la nota: “Colectividades: irlandeses eran los de antes”, donde se despliega, a la par de una interesante información sobre las costumbres de las primeras comunidades, la ironía filosa que compartían padre e hija.

Fin

Siempre exigente en sus investigaciones, rigurosamente documentado en sus escritos, con una amplia cultura que no necesita exhibirse, respetuoso de las vidas y los sentimientos ajenos, investido de una enorme seriedad a la vez que capaz de un ácido humor, *este hombre* hace confluir en su obra una herencia lingüística y una tradición cultural, para representar una historia de la cual será testigo y protagonista. Aunque no haya una apelación explícita a sus vínculos con esa herencia, con esa tradición, creo que no es excesivo decir que en Walsh se reúnen muchos de los mejores rasgos identitarios del ser irlandés.

Referencias

- Aguirre, Osvaldo (comp.) (2021), *Un periodismo literario Conversaciones con Rodolfo Walsh*, Buenos Aires, Ed. Mansalva.
- Baschetti, Roberto (1994), *Rodolfo Walsh, vivo*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor.
- Jozami, Eduardo (2006), *Rodolfo Walsh. La palabra y la acción*, Buenos Aires, Grupo Norma.
- MacCaughan, Michael (2015), *Rodolfo Walsh. Periodista, escritor y revolucionario. 1927-1977*, Adrogue, LOM Ediciones argentinas.
- Maguna, Fidel (2022), *La pluma en la garganta. Rodolfo Walsh, biografismo y poética*, Buenos Aires, Punto de Encuentro.
- Muñiz, Enriqueta (2019), *Historia de una investigación. Operación Masacre de Rodolfo Walsh: una revolución de periodismo (y amor)*, Prólogo de Daniel Link, Buenos Aires, Planeta.
- Primera Plana (1969), “Colectividades: irlandeses eran los de antes”, n. 327, abril, pp.24-26.
- Walsh, Rodolfo (1985) *Obra literaria completa*, Nota preliminar de José Emilio Pacheco, México, Siglo XXI, 2º edición.
- Walsh, Rodolfo (1978), *Un oscuro día de justicia; Hoy es imposible en Argentina hacer literatura desvinculada de la política* (entrevista de Ricardo Piglia), México, Siglo XXI, 2 ° edición.
- Walsh (2007), *Ese hombre y otros papeles personales*, nueva ed. corregida y aumentada a cargo de Daniel Link, Buenos Aires, Ediciones de la Flor.
- Walsh, Rodolfo (2021), *Cartas a Donald Yates (1954-1964)*, presentación, notas y traducciones de Juan José Delaney, Buenos Aires, Ediciones de la Flor.